

darse muerte á su familia y ni siquiera él podía ser castigado sino que debía ser absuelto. El tratado fué puesto bajo la protección de todos los dioses de ambos imperios, cuya maldición debía caer sobre los que lo violaran.

Este tratado estuvo en vigor durante muchos años, siendo cada vez mas íntimas las relaciones entre ambos Estados. Trece años despues de firmado, el rey cheta en persona visitó á su ilustre aliado y le entregó por esposa á su hija, que tomó el nombre de Nofru-Ra, «belleza de Ra» (1). De esta suerte se cumplió lo que, segun había anunciado al rey el dios Ptah, «es inaudito desde el tiempo de los dioses en la

misteriosa crónica en la casa de los libros, y no sucedido desde el tiempo de Ra hasta tí, que Cheta y Egipto tengan un solo corazón.» Para los egipcios fué un gran triunfo esta visita, en la cual el príncipe (*ur*) de Qedi acompañó á su soberano el rey (*ur'a*) de Cheta, y á sus ojos equivalió á una prueba de la omnipotencia de su soberano.

La paz entre Ramesces II y los chetites (1280 antes de Jesucristo) puso término á las guerras egipcias de conquista, pues desde aquel momento y con escasas excepciones los Faraones solo empuñaron las armas para defenderse. La naturaleza del pueblo y del país que había impuesto la paz ponía



Cabeza de la momia de Ramesces II.

un dique al afán de guerra de los reyes. Sin embargo, el recuerdo de los dos siglos y medio de luchas famosas quedó siempre grabado en la memoria del país y fué despues extraordinariamente embellecido, pues era preciso, cuando las fuerzas de Egipto estaban muertas, demostrar á los extranjeros que llegaban al país y lo explotaban, que los egipcios habían realizado en otro tiempo mayores hazañas que ellos. Por esto en el año 19 despues de Jesucristo los sacerdotes egipcios narraban á Germánico, hijo del emperador romano, las guerras del rey Ramesces, quien al frente de 700,000 hombres había sojuzgado la Libia, la Etiopía, la Media, la Persia, la Bactriana, la Escitia, la Siria, la Armenia y el Asia Menor, y le leían las listas de los tributos que en plata, oro, armas, ca-

(1) Con esto se relaciona una leyenda inventada en honor del dios tebano Chunsu, que explicaba cómo el rey Ramesces II, en una expedición á Naharain, se había casado con la hija del rey de Bechten, dándole el nombre de Nofru-Ra. Habiéndose sentido despues poseida del espíritu maligno la hermana de ésta, Bentesch, envióse á Bechten, á instancia del rey, al dios Chunsu, el cual arrojó al espíritu maligno; y habiendo querido el monarca retenerle, el dios le obligó, por medio de un milagro, á devolverlo á su patria. Esta leyenda está narrada en una inscripción muy discutida y de fecha posterior que se conserva en el Louvre. Antiguamente se la consideraba como histórica y se atribuía al tiempo de un supuesto Ramesces XII, que no ha existido y que no es mas que un homónimo de Ramesces II. Véase Erman: *Revista Egipcia*, 1883, página 54.

ballos, marfil, incienso, cereales y enseres domésticos había pagado cada pueblo al monarca. Estas listas son iguales á las que se han conservado de Tutmosis III: los sacerdotes, con premeditada intencion, identificaron á las naciones sometidas con los pueblos mas apartados y mas famosos de Asia. Los conquistadores egipcios fueron personificados por los griegos en la figura legendaria de Sesostris ó Sosis, de cuyas campañas en Etiopía y en las orillas del golfo Arábigo contra los sirios, tracios y escitas (2) — mas adelante se habla tambien de los indios — se cuentan cosas milagrosas. De esta manera nació la fábula de un gran imperio universal egipcio que abarcaba toda el Asia Anterior y una parte de Europa. Herodoto dice: «Cuando el rey Darío quiso colocar su estatua en el templo de Ptah, de Menfis, delante de la estatua colosal de Sesostris, el sacerdote no se lo consintió, pues Sesostris no había sojuzgado menos pueblos que Darío y además había vencido á los escitas, á quienes éste no había podido dominar: por esto era una injusticia el querer erigir su estatua delante del monumento de Sesostris sin haber realizado mas hazañas que éste. El rey perdonó al sacerdote tan atrevido lenguaje.» Este hecho no es histórico, pero demuestra la idea que los

(2) Herodoto relaciona con esto la hipótesis de que los colíquidos eran descendientes de los colonos egipcios, solo por creer que existe semejanza entre la figura y las costumbres de los unos y otros.

egipcios tenían formada de su pasado y lo que acerca de éste escribían los griegos.

Los modernos se han acostumbrado, sin razon alguna, á identificar á Sesostris especialmente con Ramesces II. Ya hemos dicho que Manethon ha pretendido haberlo encontrado en el rey Useres III, vencedor de Etiopía. En realidad, todos los príncipes guerreros egipcios de alguna importancia han contribuido á la formacion de esta figura legendaria, que no ha existido en la historia y á la cual se atribuyen las grandes construcciones llevadas á cabo por grandes masas de prisioneros, la construccion de los canales que riegan el país, la fortificacion de la frontera oriental de Egipto y la supuesta division de la poblacion en castas: en una palabra, Sesostris es para los griegos el soberano ideal del país.

## CAPITULO VII

### EL IMPERIO EGIPCIO EN TIEMPO DE RAMESCES II

Entre todos los reyes egipcios, Ramesces II es el rey de quien poseemos mas monumentos y mas documentos. En todos los puntos de Egipto y de Nubia mandó construir grandes edificios; muchos papiros que contienen, en parte actas y correspondencia y en parte obras literarias, han llegado hasta nosotros procedentes de su reinado. Pero á pesar del cúmulo de palabras que contienen los documentos de adoracion y de las pomposas frases de los relatos de batallas y de las inscripciones de los templos, nos es imposible representarnos una imágen viva de este soberano. Subió al trono siendo muy jóven y reinó hasta edad muy avanzada: los dioses le concedieron un reinado de 67 años. Despues de una juventud afanosa por luchar, tuvo un largo período de paz no interrumpida. La fisonomía de este monarca tiene una expresion apacible y casi afeminada y no carece de cierta sensualidad, y al contemplarla parécete á uno tener delante á un soberano bondadoso y dado á los placeres á quien, sin embargo, no faltan majestad ni energía. Así nos lo representa en sus juveniles años la estatua de Turin, obra maestra de la escultura egipcia; y que ésta, á pesar de la natural idealizacion, es reflejo fiel del natural, nos lo demuestra la cabeza de la momia, que nos lo ofrece casi vivo á nuestros ojos. En cambio, como todos los reyes egipcios que se dicen hijos de los dioses, carece de viveza, viéndose, no solo por la actitud en que el artista lo representa, sino tambien por la expresion general de su rostro, que el Faraon está sentado, sereno é indolente, entre los dioses. En Ramesces II vemos encarnada la figura del «buen dios.»

Lo que del rey sabemos parece estar en armonía con este retrato. Tan aficionado era á las emociones de la lucha como á los placeres de la vida; además de dos esposas legítimas, á las cuales vino á agregarse despues la hija del rey cheta, tuvo desde muy jóven varias concubinas, conociéndosele 111 hijos y 59 hijas. Segun dicen las inscripciones, era muy amante de su familia: sus esposas y sobre todo sus hijos están repetidas veces representados en las paredes de los templos y en estatuas. Tambien atendió á la memoria de su padre, continuando los edificios por éste comenzados y adornando su sepulcro, lo cual no fué óbice, sin embargo, para que sustituyera en muchos puntos el nombre de su progenitor por el suyo propio. En cuanto á los soberanos mas antiguos, todavía tuvo con ellos menos miramientos, pues nadie como él practicó la costumbre tan seguida por los posteriores Faraones de usurpar antiguos monumentos reemplazando en las paredes de los templos y en las estatuas los nombres de sus antecesores por el suyo. A lo sumo puede su hijo ser comparado en esto con él. Esto depende de que en ningun rey se desarrolló desde tan jóven

como en Ramesces el sentimiento de la omnipotencia faraónica. En efecto, con frecuencia suma parece como si realmente se tuviera por un dios, y eso que ya tenemos en cuenta el estilo cancelleresco tradicional. Que ya gobernó sabiamente el país de Ei; que siendo todavía niño, su padre le confió la soberanía; que cada uno de sus oráculos se realizaba inmediatamente; que los consejeros del Faraon se admiraban de la sabiduría de sus palabras; que el rey estaba en trato íntimo con los dioses y que, por ejemplo, no tenía mas que pedir á su padre, el dios Nilo, que brotase agua en la montaña desierta para que en seguida saliera un manantial: tales son las afirmaciones y las frases que encontramos en sus monumentos, y si bien se hallan tambien hablando de otros reyes, nun-



Cabeza de la estatua de Ramesces II que se conserva en Tu-in.

ca las vemos empleadas en número tan extraordinario. Este monarca se hizo construir templos dedicados á sí mismo no solo en Nubia, donde — como Amenhotep III — se hizo erigir muchos santuarios como dios tutelar del país, sino tambien en la ciudad de Ramsés, recientemente fundada en el delta, en la cual fué adorado como patrono al lado de Ra, de Ptah, de Amon y de Sutech.

Conocida nos es ya la magnitud del imperio que el rey gobernó durante dos generaciones. En Asia apenas se había reconquistado una tercera parte de las posesiones de Tutmosis III y de su sucesor: tampoco se hablaba ya de un protectorado sobre las islas y colonias de los fenicios, respecto del cual con razon guardan silencio los monumentos. En Africa, el estado de cosas no había variado; de suerte que la provincia de Nubia llegaba por lo menos hasta Napata y aun quizás mas allá por el lado Sur, y los tributos que pagaban los países negros y que consistían en ganado, esclavos, oro, marfil, ébano y otras cosas preciosas seguían afluyendo al tesoro del Estado, amén de los leones, panteras, jirafas, avestruces, babuinos y otros animales raros (1). Es muy dudoso que de las distintas pinturas de las paredes de los templos, en las cuales Ramesces II vence á los negros ó libios de la tribu de los tehenus, pueda deducirse que tuvo algunas escaramuzas con estos pueblos. Las canteras y las minas del desierto que se

(1) Véase, por ejemplo, el dibujo de Bet-el-Walli en el Museo Británico, en el cual el príncipe de Kusch, Amenemapati, hijo de Pauer, ofrece al rey este tributo.

extiende al Este del Nilo fueron activamente explotadas. En el valle del Este de Edfú que está atravesado por un camino que conduce al mar Rojo, y que en Redesie se separa del valle del Nilo, mandó Seti I abrir un pozo para facilitar la explotación de las vecinas minas auríferas: junto al mismo pozo hizo construir Ramesces un pequeño templo de rocas (1). También mandó extraer oro en el país de Kusch, en Wadi-Allaki, al Sudeste de Kuban, habiendo llegado hasta nosotros un plano de las minas procedente de su tiempo. Posteriormente, su hijo, como ya probablemente lo había hecho antes Seti, mandó abrir otro pozo en dicho sitio, hecho que es ensalzado como una obra admirable en una ampulosa tabla de las peñas que ya antes hemos mencionado. En cambio es muy extraño que ni las inscripciones de Seti I y Ramesces II ni las de sus sucesores — á excepción de un par de listas de pueblos sin importancia alguna — hagan mención del nombre de Punt (2). No es fácil que esto sea hijo de la casualidad y antes bien debemos suponer que las relaciones con la Arabia meridional, todavía subsistentes en tiempo de Haremhebi, habían cesado ya por completo.

Las capitales del imperio egipcio seguían siendo Tebas y en segunda línea Menfis; sin embargo, el rey no residía generalmente en el valle del alto Nilo, sino en el delta oriental, que, á consecuencia del cambio de cosas ocurrido en Asia, era á la sazón el centro de la política exterior. Seti I y Ramesces II fundaron una ciudad en Tell-el-Jehudiye, al Norte de Heliópolis. Ramesces II reconstruyó la ciudad de Tanis (en egipcio Zo'an) que había quedado desde la expulsión de los hyksos y que quizás yacía aun en ruinas (3), é hizo de ella una de las mas hermosas ciudades de Egipto. Cerca de ella, «entre Siria (Zahi) y Egipto,» construyó una formidable fortaleza que embelleció con templos y palacios y á la que dió el nombre de «la casa muy fuerte de Ramesces» (*per-Ra'msesu 'anest*): nosotros la llamamos comunmente Ramsés (Ra'mses) por ser este el nombre que le da el Antiguo Testamento. Los secretarios egipcios que vivían en la corte no se cansaban de alabar su magnificencia y sus riquezas. Se ignora el punto fijo dónde estuvo situada; solo se sabe con certeza que hay que buscarla muy hácia el Este del país y muy cerca del mar. ¿Sería quizás Pelusium? Por lo demás, Seti I fué quien echó los cimientos de esta fortaleza, pues en los primeros años de Ramesces ya se habla de ella como de una ciudad (4). Forma parte de la cadena de fortificaciones (5) destinada á asegurar el camino de Oriente. Con el cambio de gobierno cambió también de nombre, segun era costumbre en las construcciones egipcias de esta clase, y fué completamente terminada por el nuevo rey.

Recientes excavaciones nos proporcionan nuevos datos acerca de otras ciudades fundadas por Ramesces II. No lejos de Bubastis sepárase del delta un valle que dirigiéndose hácia el Este y atravesando el país de colinas del desierto arábigo, conduce hasta el lago Timsah, uno de los lagos salados que

(1) Véase el grabado en Dumichen.

(2) Por ejemplo, ni en Dumichen, *Inscripciones históricas*, tomo II, 38 c, donde se mencionan «Chenthonnofer (Nubia) y Uauat con sus ciudades y distritos y los «del país de los dioses (el desierto arábigo) que aportan la piedra preciosa.» Los «aromas» y las frescas «plantas de incienso de Punt» aparecen naturalmente mencionadas muchas veces en aquella época, por ejemplo, Mariette: *Abydos*, tomo II, pág. 3.

(3) En ella no se ha encontrado construcción alguna de la décimocava dinastía.

(4) Mariette: *Abydos*, tomo I, 6, 29. — Brugsch cree que la ciudad de Ramsés y Tanis son una misma cosa, pero todavía no se ha descubierto una prueba convincente de ello, á pesar de haberse encontrado muchos restos de Tanis procedentes de la época de Ramesces II. Otras excavaciones que se hagan en el delta nos darán datos mas precisos.

(5) Expresamente se dice que fué construida «para fortificar la frontera del país.» Brugsch: *Dict. géogr.*, 123<sup>o</sup>.

hoy atraviesa el canal de Suez. Este territorio ha sido nuevamente famoso en los tiempos modernos por la victoria que consiguieron los ingleses en Tell-el-Kebir. Dicho valle, que hoy lleva el nombre de Wadi-Tumilat, quizás estuvo antiguamente regado por el Nilo: Ramesces hizo pasar por él un canal, abriéndolo de esta suerte al cultivo, y fundó en la parte oriental del territorio una ciudad que lleva el nombre de Pitum (se escribe Pertum, «casa de Tum»), pero que es á menudo llamada, lo propio que toda la comarca, Thuku (Thukut, en hebreo Sukkot) (6). En las ruinas de esta ciudad se han encontrado, además de un templo, grandes casas de víveres que seguramente debieron de servir de almacenes de granos para el aprovisionamiento del ejército durante las campañas de Asia (7).

No sabemos si el canal fué prolongado desde el lago Timsah hasta el golfo de Suez ó si entonces existía alguna comunicación natural entre éste y el mar Rojo; lo cierto es que esta comunicación, caso de haber existido, no favorecía en nada los intereses mercantiles. Neco y Darío fueron los primeros que procuraron establecer un camino navegable desde el valle del Nilo hasta el mar Rojo. En cambio, la nueva entrada que se había abierto en Egipto fué cerrada por medio de una fortaleza. Al «baluarte de Zaru,» que, como hemos visto, existía en el Norte, correspondió en esta parte el «baluarte (*chelem*) de Thuku,» al cual se agregaban otras fortificaciones construidas en el lado asiático. Muchos documentos (8) demuestran que en las fronteras se ejercía gran vigilancia: todavía poseemos un fragmento del dietario de un funcionario fronterizo que registraba minuciosamente á los oficiales, servidumbre y demás personas (9) que en cualquier sentido atravesaban la frontera, lo propio que las cartas que por ella cruzaban, es decir, las actas y documentos oficiales que se remitían por los caminos del Estado. Otro documen-

(6) En la actual Tell-el-Maschuta, véase *Egypt. Exploration Fund I. The Store City of Pithom*, by E. Naville, 1885.

(7) El narrador efrimita de la historia de José, perfectamente versado en los asuntos egipcios, aprovecha esta coyuntura para describir la leyenda de la permanencia de los hebreos en Egipto. Fija la residencia de Jacob y de sus hijos en el distrito de Gosen (en egipcio Qosem) entre Tanis y Bubastis, junto á la frontera del país desierto, y dice que habiendo luego el Faraon querido oprimir á sus descendientes, éstos se vieron obligados á construir las casas de víveres de Pithom y de Ra'mses. También la narración del éxodo de los hebreos descansa en un conocimiento exacto del territorio de Sukkot (Thukut-Pithom) y de sus fortificaciones fronterizas. — Se ha creído descubrir en la palabra egipcia *apru* (las vocales son inseguras), que con frecuencia encontramos desde la décimatercera hasta la vigésima dinastía, el nombre de los hebreos; Brugsch, que rechaza esta opinión, cree que este *apru* es el nombre de una tribu residente en la comarca montañosa de Aian (es decir, la cordillera Mokkatam enfrente de Menfis). (*Dict. géogr.*, 113.) Sin embargo, los *apru* no son un pueblo, sino que esta palabra significa trabajadores, en un caso especial trabajadores de buque, marineros (Mariette: *Abydos*, tomo II, pág. 29, 13), en otro, trabajadores que se empleaban para arrancar y pulir la piedra; así lo vemos en el *Pap. Harris*, tomo I, página 31, 8; *Pap. Leid.*, tomo I, pág. 349, 7; Lepsius: *Monuments*, tomo III, página 219 e. 17; en el *Pap. Harris*, 500 verso, en la historia de la toma de Joppe se designa con este nombre á un hombre que debía desempe-

ñar una embajada. Con el determinativo  $\left\{ \right.$ , que significa «extranjero,» solo aparece escrita la palabra en los tres textos citados, porque los trabajadores á que estos se refieren no son egipcios; Lepsius: *Monuments*, tomo III, 219, 17 e, dice que en este caso proceden de Aian, es decir, del desierto arábigo.

(8) *Pap. Anastasi*, V, 19, en tiempo de Seti I (persecución de dos esclavos); véase Brugsch: *Dict. géogr.*, 51; *Pap. Anastasi* (2 verso, 6, 5 (Diario del funcionario fronterizo); véase Chabas: *Recherches pour servir à l'histoire de la 19<sup>e</sup> dyn.*, pág. 95; Brugsch: *Historia*, 579; Erman: *Revue Égypte*, 1879, pág. 29; *Pap. Anastasi*, VI, 4 (Paso de los schasus); véase Chabas, obra citada, pág. 107; Brugsch: *Dict. géogr.*, pág. 689, *Historia*, pág. 581.

(9) Muchas de ellas llevan nombres semíticos,

to dice que «una tribu de beduinos chasus del país de Edom (1) había llegado por el baluarte de Thuku á los pantanos de Pithom, en el país de Thuku, para buscar en la corte del Faraon sustento para sí y para sus rebaños. Este hecho de buscar y encontrar hospitalidad en Egipto una tribu nómada que en los puntos de agua del desierto no encontraba alimento suficiente ó que había sido de ellos arrojada por sus vecinos, se reproduce con frecuencia, lo propio que el hecho contrario, es decir, el de que los hijos del desierto, descontentos de aquel Estado burocrático perfectamente organizado, traspasaran de nuevo el cordón fronterizo y regresaran á su antigua patria. Estos sucesos dieron origen á la leyenda de la permanencia de los hebreos en Egipto; pero nunca se estableció en los territorios fronterizos del país del Nilo (por lo menos no se ha conservado de ello memoria) ninguna tribu de la cual haya salido la nación de los hijos de Israel.

La misma vigilancia que en las fronteras se ejercía contra los extranjeros ejercíase también contra los propios súbditos. El tratado firmado con el imperio cheta demuestra que en aquella época se mantenía incólume el principio de que ningún súbdito del Estado podía abandonar á éste por mucho tiempo, principio que aparece naturalmente allí donde la hospitalidad de los pueblos no está bien desarrollada, y que en Egipto no era, como es de suponer, un obstáculo para que se hiciera un activo comercio con el Asia. De la ciudad de Ramsés se dice que los buques anclaban en ella llevándole productos de todos los países. En punto á literatura, cada día se nos presenta mas marcada la influencia de Siria, habiendo llegado á ser de moda introducir en el lenguaje elegante egipcio palabras cananeas. En algunos fragmentos de escritos encuéntrase estas usadas casi con tanta frecuencia como las palabras francesas en los libros alemanes del pasado siglo. El decorado de las enseres domésticos, de las sillas, de los taburetes, de los cántaros, de los techos de las habitaciones sepulcrales, revela el influjo del arte asiático. Con el culto de Sutech, divinidad que con gran devoción se veneraba en Tanis y en otras ciudades del delta oriental, fueron introduciéndose en Egipto otros dioses semíticos. Ramesces II se llama en cierta ocasión, en Tanis, «héroe del Anta, toro de Sutech;» el nombre de su hija predilecta es Bent'anat, en cananeo «hija de Anat,» y el de su caballo «Anat está satisfecha.» En una tabla de roca del templo del desierto, de Radesie, encontramos la imágen de la diosa, y en la corte, en los empleos políticos y religiosos vemos multitud de nombres sirios que no son probablemente de prisioneros de guerra ó de descendientes de estos. En Menfis había un barrio extranjero donde tenían sus templos Ba'al (2) y Astarté, y segun Herodoto, este barrio estaba principalmente habitado por fenicios de Tiro, cuya patria estaba sometida á los egipcios, siendo ellos los famosos comerciantes intermedios entre éstos y el resto del mundo.

Nos extenderíamos demasiado si hubiésemos de citar todas las construcciones que Seti I y Ramesces II mandaron erigir en Egipto en honor de los dioses y de sí mismos. En casi todos los templos egipcios encontramos el nombre de este último monarca. El monumento mas grandioso del tiempo de los Ramésidas es indudablemente el magnífico salon de columnas que se añadió al templo de Karnak y que constituye una de las mas preciosas y sorprendentes obras de la arquitectura egipcia (3). El plano de este salon data del tiempo de Ramesces I, que falleció cuando solo había construídas la puerta de entrada y algunas columnas: durante el reinado

(1) Este nombre aparece aquí por vez primera.

(2) Brugsch: *Theaurus*, tomo IV, pág. 813. Herodoto, II, 112.

(3) Véanse los grabados en Dumichen.

de Seti I prosiguieron con actividad las obras, habiendo este monarca adornado el edificio con un cuadro de su primera campaña, pero la construcción no quedó terminada hasta los tiempos de Ramesces II. Igual suerte tuvieron otras dos construcciones comenzadas por Seti I, á saber: el templo de los muertos que construyó para su padre y para él mismo en la necrópolis tebana (junto á Qurna) (4) y el gran templo de Abydos, consagrado á su propio culto de los muertos (5); ambos fueron terminados por Ramesces II, quien los dedicó á la memoria de su padre (y de su abuelo), y además mandó construir en Abydos y en la ciudad occidental tebana grandes templos consagrados á Osiris y á Amon respectivamente (6), dedicados también á su propia memoria y adornados con pinturas de sus victorias. Ramesces II ordenó igualmente la construcción de algunos monumentos en Luqsor. De entre las ciudades del delta, Tanis fué especialmente embellecida con un gran templo dedicado á Sutech, con gran número de obeliscos y con estatuas colosales. Otras muchas ruinas nos ofrecen en este mismo sitio nuevas pruebas de la actividad que en punto á construcciones desplegó Ramesces II; lo propio podemos decir de Heliópolis y de Menfis, cuya ciudad ensanchó con un nuevo barrio meridional y con un templo consagrado á Ra y cuyo antiguo templo de Ptah engrandeció con pylones y con nuevos patios. Si á esto añadimos que no solo se adornaban las paredes de todos los templos con inscripciones y pintados relieves, sino que todos ellos, los mas notables por lo menos, tuvieron además obeliscos, columnas estatuarias de los dioses y estatuas colosales de los reyes, algunas de ellas de proporciones inmensas — algunas tuvieron de 15 á 20 metros de altura; un coloso de Tanis, completamente destruído, 30; de modo que sobrepusaban á las mismas estatuas de Memnon — y que cada una de estas obras estaba generalmente hecha de un solo bloque de piedra, las mas de las veces del granito mas duro, podremos formar una idea de la exorbitante cantidad de fuerzas y medios que, en tiempo de Ramesces II y aun de Seti I, se aplicaron á las construcciones.

Sin embargo, los templos que hemos enumerado no son ni con mucho las únicas construcciones de aquella época. Cierzo que enfrente de tan soberbios edificios significa poca cosa la construcción de ciudades y de fortalezas, pero ¿cuántos esfuerzos y gastos no debió de exigir por ejemplo la gran tumba de Seti I terminada por Ramesces II, en la necrópolis de Tebas, tumba abierta en la roca viva, formada por muchos aposentos practicados en las peñas y adornada con esculturas y pinturas? Ramesces II, en cambio, solo construyó para sí un pequeño sepulcro.

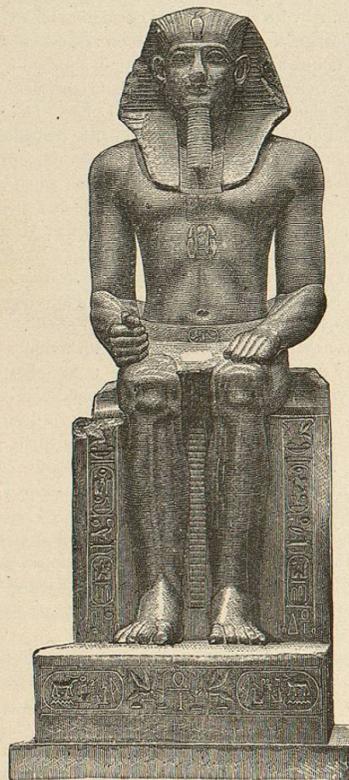
Además de las construcciones que se llevaron á cabo en Egipto, hay que tener en cuenta las ciudades y los templos que se edificaron en Nubia. El valle del alto Nilo fué convertido por Seti I y por Ramesces II, que en este punto pueden ser considerados como continuadores de Amenhotep III, en un territorio tan poblado como sus condiciones lo permitían. Junto á Seschi, mas arriba de Soleb, fundó Seti I una gran ciudad, cuyos muros todavía se descubren y de cuyo templo quedan aun en pie cuatro columnas. Ramesces II fundó en Nubia á lo menos cinco ciudades y templos, en los cuales era venerado como dios del país, al lado de Amon, de Ra ó de Ptah. Por regla general, estos templos estaban abiertos en las rocas, lo cual se comprende perfectamente, porque las condiciones de aquel estrecho valle del Nilo obligaban á economizar todo el terreno posible de cultivo. El mas famo-

(4) Véase Dumichen, pág. 98.

(5) Véase Dumichen, pág. 144.

(6) El llamado Ramesceum, véase Dumichen.

so de todos ellos fué el magnífico templo de las rocas de Abusimbel, mas abajo de la segunda catarata, cuya entrada estaba hermoseedada por cuatro colosales estatuas sedentes del rey: el techo de la galería interior estaba sostenido por ocho pilastras con la estatua del monarca. Contiguos al gran salon principal habia ocho pequeños espacios; las paredes estaban adornadas de dibujos alusivos á las victorias conseguidas por el soberano. Al lado habia un pequeño templo consagrado á Hathor.



Estatua colosal de Ramesces II (Museo de Berlin).

Las condiciones arquitectónicas de estas construcciones son notables tambien bajo el punto de vista artístico. A pesar de la uniformidad de los rasgos principales que la clase del trabajo imponia, los detalles de la ejecucion nos ofrecen una gran variedad que excluye en lo posible toda monotonía y toda repeticion. Los arquitectos egipcios hacen gala de prodigiosa fecundidad en la concepcion de formas variadas para sus construcciones. Las columnas poligonales llamadas protodóricas que todavía empleaba Amenhotep III, ya no se estilaban: las columnas en forma de plantas presentan cada día mas variantes y además de ellas se usan como sustentáculos, no solo en las construcciones practicadas en las rocas (como la de Abusimbel) sino en los edificios al aire libre, pilastras adornadas de estatuas del rey ó de algun dios.

En los tiempos de Seti I y en la primera mitad del reinado de Ramesces II la arquitectura egipcia llegó á su apogeo: despues fué decayendo paulatinamente; así es que los edificios construidos por Ramesces II son muy inferiores comparados con las obras maestras de su padre. Es indudable que en esta época de decadencia habia gran prisa por terminar las obras,

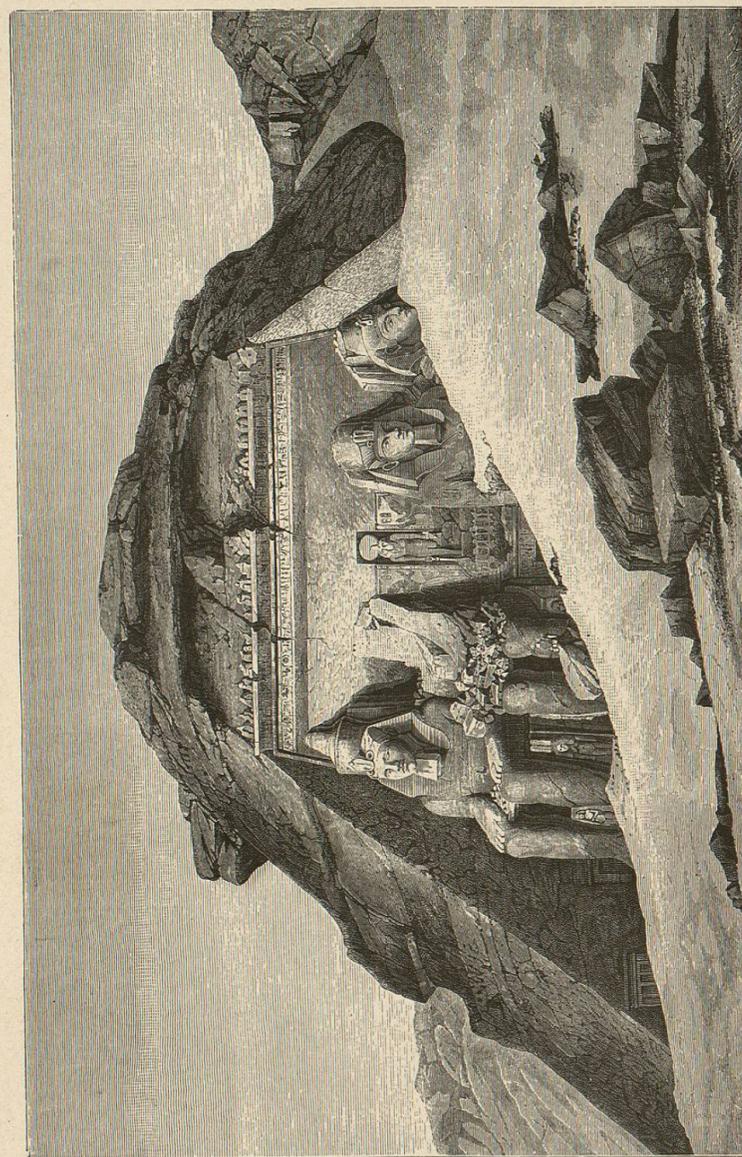
lo cual se comprende teniendo en cuenta el gran número de estas que á un mismo tiempo habian sido comenzadas.

Tambien observamos una gran perfeccion en la escultura y en el adorno de los edificios por medio de relieves y pinturas. La estatua de Ramesces II que se conserva en Turin (véase el grabado de la pág. 253) es una buena prueba de lo que podia hacer un escultor egipcio á pesar de hallarse atado por las formas tradicionales. Para facilitar la comparacion, reproducimos una de las muchas estatuas colosales del rey, en la cual se ofrece á nuestros ojos la imágen comun de los Faraones. Los mejores relieves esculpidos por los egipcios son indudablemente los de Seti I, en especial los de Abydos (1). En estas obras se descubre un dominio completo de la técnica, debiendo reconocerse que los egipcios supieron perfectamente sacar un relieve del fondo y hacerlo resaltar plásticamente, por mas que no emplearan este procedimiento en los trabajos comunes y mecánicos.

Entre las grandes composiciones históricas que representan escenas de guerra merece ser mencionado en primer lugar el gran cuadro que reproduce la batalla de Qadesch en sus distintas fases y que con pequeñas variantes hizo copiar Ramesces II en el Ramesceum, en Luqsor y en Abusimbel. Este cuadro no representa una sola escena, pues ningun cuadro egipcio refleja una imágen del momento; por el contrario vemos en él reproducido todo el curso de la lucha, de la cual nos dan además una explicacion las inscripciones que le acompañan. Allí vemos al ejército egipcio en marcha, el campamento, donde reina gran animacion hasta que los chetites lo invaden y son rechazados por la guardia de corps, al rey sentado en su trono, rodeado de esta guardia y teniendo á su lado el carro de guerra, en el momento en que los espías chetites son conducidos á su presencia y en que á fuerza de golpes se les obliga á hablar. Sigue luego el ataque de los carros chetites: el rey se lanza con su tiro en medio del enemigo con el arco tendido; se ven montones de cadáveres á su alrededor y el enemigo es obligado á emprender la fuga y á refugiarse en la fortaleza de Qadesch. Llegan por último los carros egipcios; el rey cheta permanece detras de la ciudad sin hacer nada, y desesperado y confuso tiende las manos al adversario triunfante. El cuadro termina reproduciendo la presentacion de los prisioneros, el recuento de las manos cortadas de los muertos y la reprension que dirige Ramesces á su descuidado ejército. Análogos á éste, aunque conteniendo menos sucesos, son otros muchos cuadros de aquella época, de los cuales hemos examinado ya el del ataque de Dapur.

Las generaciones egipcias posteriores consideran la época de Ramesces II como el punto culminante de su historia: un siglo despues Ramesces III intentó imitar en todo á su antepasado para hacer revivir su tiempo; pero el valle del Nilo no volvió nunca á conseguir un grado igual de esplendor, y en ninguna parte se nos ofrece mas chocante el carácter típico del Egipto de los posteriores tiempos. Por esto la posteridad podia con razon mirar este período como un ideal, y sin embargo nosotros no suscribiríamos este juicio que de él se formó, pues á pesar de las grandes obras arquitectónicas, comprendemos poco á poco que nos encontramos en una época en que predomina el oropel y en que comienza aquel retroceso que va á parar á la inmovilidad. Cierta que tiene algo de imponente ver que un Estado rico que domina sobre extensos territorios dedica todos sus recursos al ideal religioso, empleándolos con verdadera prodigalidad para construir hermosas habitaciones á los dioses; pero este ideal acaba por ahogar á los Estados, pues nunca puede verse completamente satisfecho, antes bien mas exige cuanto mas se le da. El Es-

(1) Véase tambien el relieve de Karnak en Dumichen.



Templo de Abu-Simbel